



número 11 (segundo semestre 2021) - number 11 (second semester 2021)

Cuadernos de Trabajo Ediciones THEOMAI

.....

El ocultamiento de la clase

Flabián Nieves¹

Introducción

La tendencia a la polarización de las clases sociales, esbozada ya en *El Manifiesto del Partido Comunista*, 170 años después se ve confirmada; nunca antes se había concentrado tanta riqueza en tan pocas manos, lo que implica que millones de personas estén al borde de la subsistencia, cayendo en ocasiones por debajo de ese límite.² Llamativamente, con una polarización tan marcada, la noción de "clase social" carece de la fuerza política que pareciera corresponderle en consideración de su importancia para la estructuración del mundo. Sin negar taxativamente a las clases, se han propuesto formas interpretativas en las que las mismas desaparecen o carecen de importancia; y vemos que hoy, aún en las ciencias sociales, las miradas se organizan

¹ Universidad de Buenos Aires, Instituto Gino Germani / CONICET; Uriburu 950 6 piso, CABA; flabian.nievas@gmail.com - Una versión previa de este artículo fue publicada en "Antagonismo, dialéctica y lucha de clases" (Guido Galafassi y Flabian Nieves, compiladores; Ediciones Extramuros-Theomai)

² El Informe de Oxman Internacional de enero de 2017, "Una economía para el 99%", comienza señalando que ocho personas concentran la misma cantidad de recursos económicos que los 3.600 millones de personas más pobres del mundo. Disponible en línea: https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/bp-economy-for-99-percent-160117-es.pdf

en torno a otros colectivos o prácticas. Es necesario observar la instalación de dichas perspectivas, que no son neutras, para comprender cabalmente el fenómeno.

Las clases sociales pueden ser consideradas desde al menos tres perspectivas: política, teórica y, eventualmente, técnica-empírica. Las diferencias entre las tres perspectivas son, sobre todo, de énfasis y gravitación, ya que en la perspectiva política hay ineludiblemente una fuerte impronta conceptual; en la teórica es indisociable de la política y de la técnica, y esta última se asienta en la teoría. Pero no son tres perspectivas epistemológicamente equivalentes: hay una jerarquía entre ellas, que indica un orden secuencial: encabeza esta sucesión la perspectiva política, que define – probablemente de manera no consciente – la visibilidad o invisibilidad de la clase social, invisibilidad que no es negación absoluta de las clases sociales, sino la relativización de su importancia; en concordancia con esta definición está la construcción teórica de la clase social, que abarca un amplio abanico entre la relativa simplicidad weberiana³ hasta la compleja trama conceptual de Marx, que nunca sistematizó, pasando por el espacio de atributos propio del estructural-funcionalismo, organizado principalmente a partir de instrucción formal, ingresos y posesiones, y luego segmentados de manera relativamente arbitraria. Estos conceptos, debidamente operacionalizados, devienen técnicas de registro que “capturan” a las clases sociales reales. Pero todo parte de la clase como dispositivo político, para que emerja o no la clase como realidad sociológica.⁴

El dispositivo político permite/obtura la enunciación de la existencia de dicha realidad, quitándole toda naturalidad (o naturalizando) y mostrando (u ocultando) los mecanismos de sujeción a determinadas trayectorias vitales por los miembros que integran las clases sociales. Si la realidad sociológica no puede discutirse – nadie puede sostener seriamente que toda la humanidad vive en iguales condiciones sociales –, la enunciación de esta realidad aparece y desaparece históricamente en vaivenes impuestos por la relación de fuerzas imperantes en cada momento, lugar geográfico y espacio social, por la lucha de clases, lucha que es, además, la productora y reproductora de las propias clases sociales.

Cuando la correlación de fuerzas es muy favorable a las clases dominantes, situación que Gramsci describía como de hegemonía, la enunciación de las clases tiende a desaparecer. Cuando, por el contrario, la situación no es de hegemonía sino de dominio inestable, la clase como noción política recobra todo su vigor, pues su misma enunciación implica una denuncia al sistema de explotación.

La lucha de clases en su nivel epistemológico

Los dispositivos de poder son eficaces en tanto no se los visibiliza como tales. La invisibilidad es *conditio sine qua non* del poder. Pero “no ver” los mecanismos de poder no significa “no ver” en absoluto, no es ceguera, sino ver la superficie de un fenómeno, a los que se otorga el estatus de realidad, sin contemplar las lógicas profundas en que se asientan los mismos, y que constituyen las razones de sus dinámicas. El núcleo de este fenómeno cognitivo está analizado en el cuarto párrafo del primer volumen de *El capital*.

La lucha de clases es una lucha de poder, por lo tanto, la misma está, en tanto objeto de conocimiento, retaceada por quienes están en la cúspide jerárquica del dispositivo de poder. O bien se la niega, o bien se la minimiza, o bien se la distorsiona. La negación parte de la

³ “Clase social se llama a la totalidad de aquellas situaciones de clase *entre* las cuales un intercambio α) personal, β) en la sucesión de las generaciones, es fácil y suele ocurrir de un modo típico.” Weber, 1983, p. 242.

⁴ Marcelo Gómez enumera tres órdenes de “muerte” de las clases: epistemológica, filosófica/ideológica y social e histórica (Gómez, 2014, pp. 31 ss.). El recorrido propuesto aquí es en algunos aspectos similar al suyo.

suposición de que la misma no es sistémica, sino que obedece a la voluntad de un grupo de personas, las que, por algún motivo — oculto pero maligno —, la propician. El supuesto en que subyace es que la sociedad es un organismo o estructura que permanece normalmente en equilibrio, y que se desestabiliza sólo por la acción de agentes externos, deletéreos, que buscan quebrar dicha armonía. Hay una larga tradición sociológica que abreva en estos supuestos, inaugurada por Durkheim⁵ pero desarrollada en especial a partir de Parsons.

La minimización no asume tal presupuesto del equilibrio natural, pero sólo reconoce la lucha de clases como un fenómeno episódico y evitable, cuya aparición se explica por factores históricos específicos que bien podrían haber evolucionado de otra manera. Hay una cuota de azar — con lo que se elude el fatalismo — en la constitución del fenómeno. Un buen ejemplo de esta concepción es la aportada por Max Weber, pero también Werner Sombardt y Georg Simmel están en esta corriente de pensamiento.

La más compleja de explicar es la de la distorsión, porque requiere la exposición del fenómeno respecto al cual se considera tal desviación o deformación. Y esto nos deposita de lleno en el plano epistemológico, que es una de las dimensiones de la lucha de clases.

La “lucha de clases” puede entenderse de diferentes maneras. Antes que Marx, “los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases.”⁶ Pero el desarrollo del materialismo dialéctico le dio un particular enfoque a la misma, sentando de forma taxativa fundamentos desde los cuales abordar su estudio. Considerando la primacía de la materia por sobre la idea (tanto el sujeto como el objeto de conocimiento son anteriores en su existencia a la aparición del concepto), Marx y Engels trazaron tempranamente el punto de partida, que es la especificidad misma de la especie humana respecto del resto de los animales. El humano “se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material. [...] Este modo de producción no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con *lo que* producen como con el modo de *cómo* producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels, 1985, pp. 19-20).

Si lo que las personas son, depende de las condiciones materiales de su producción, y tales condiciones resultan no solo diferenciales, sino antagónicas para distintos grupos sociales, la lucha de clases es la forma en que se expresa el antagonismo “del proceso de producción social, no en el sentido de antagonismo individual, sino en el de antagonismo que nace de las condiciones de existencia individual de los individuos” (Marx, 1975, p. 11), es decir, es el despliegue de las propias condiciones materiales de vida, cuyo efecto es la conformación de “clases de personas socialmente homogéneas” relativamente estables, o “clases sociales”. La lucha conforma a las propias clases sociales: “Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos contra los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva {autonomiza}, a su vez, frente a los individuos que la

⁵ Para Durkheim (1985) el delito es normal, por cuanto está presente en todas las sociedades conocidas, y además cumple una finalidad (estrechar el lazo social), mientras que la revolución es patológica dado que su finalidad está en la “muerte” de la sociedad en la que se produce.

⁶ Carta de Marx a Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852. Marx y Engels, 1947, p. 73.

forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella” (Marx y Engels, *La ideología alemana*, 1974, p. 64).

Las clases sociales son producto, en consecuencia, de la dinamización de los antagonismos en la producción de la vida material, o, dicho en otros términos, de la lucha de clases. Como puede apreciarse, la lucha de clases es anterior a las propias clases, lo que parece contrariar la lógica lineal. Este extrañamiento respecto del sentido común es una dificultad recurrente para comprender el fenómeno de la lucha de clases y a las mismas clases sociales. La imagen instalada de la lectura lineal del sintagma “lucha de clases” es la de clases sociales constituidas luchando una contra otra: de un lado el proletariado y frente a él la burguesía. Pero la historia raramente nos muestra algo similar, y cuando tal situación parece darse, es fugaz y limitada espacialmente, cuya importancia decrece en la medida en que resulta más ajustada a esa idea; se trata, por ejemplo, de una huelga, en la que de un lado tenemos a los obreros y de otro a la patronal.⁷ Cuando la lucha de clases escala en intensidad, se desajusta de esa imagen. Para la mirada simplista, fetichizada, ya no se trataría de “lucha de clases” dado que las clases no se encolumnan una contra otra, sino que encontramos una “extraña” distribución de fracciones de clase, que se alinean de acuerdo a cánones distintos a la propia identidad clasista y, por lo tanto, eso no sería “lucha de clases”. Esta confirmación empírica es tan verdadera como que el Sol “sale” cada mañana y “se pone” cada atardecer, que es lo que cotidianamente comprobamos con nuestros sentidos.⁸ Al igual que lo hizo en su momento Aristarco de Samos, es necesario penetrar con nuestro entendimiento la simple evidencia superficial de un fenómeno. El pensamiento vulgar es el terreno del que surge la masa de maniobra de la burguesía en la lucha de clases.

Las “otras” clases

Como se ha dicho, la distorsión es la principal forma utilizada en la lucha de clases por parte de los poderosos para librar dicha lucha. Y esta distorsión ha tenido y tiene efectos muy poderosos. Toda distorsión no es un falseamiento de la realidad, sino una deformación de la misma, un corrimiento de sus claves interpretativas que cristalizan en configuraciones de sentido que resultan ineficaces para la transformación social o, dicho de otro modo, que, en tanto ineficaces para la modificación sustantiva del diagrama de poder existente, son objetivamente funcionales al mismo. La construcción de otras clases, distintas de aquellas que son producto estructural de la lucha de clases, es un dispositivo eficaz para encauzar energías que subjetivamente buscan un cambio, en una disposición por la que objetivamente refuerzan el orden existente.

⁷ Esta es la forma en que lo tematiza Weber: “La articulación de las clases propietarias puras no es ‘dinámica’, es decir, no conduce necesariamente a luchas de clase y a revoluciones de clase. [...] Tan sólo las contraposiciones de clases de propiedad entre 1. Propietarios de tierras y *déclassés*, 2. Acreedores y deudores (con frecuencia = patricios ciudadanos y campesinos o pequeños artesanos de la ciudad) pueden llevar a luchas revolucionarias [...]” Weber, 1983, p. 243.

⁸ Sobre la construcción de evidencia, puede verse el breve y muy instructivo artículo de Fernando Cortés y María Rosa Rubalcava, “La perversión empirista”, en Salvia, Agustín (comp.); *Hacia una “estética plural” en la investigación social*. Buenos Aires, 1997, Carrera de Sociología – Of. de Publicaciones del CBC, UBA, págs. 39-47.

Tal vez una de las primeras ha sido la moralización de la pobreza, que reconoce la topografía social, pero no en clave social sino como efecto de la virtud o de la vileza, que establece una jerarquía dentro de la especie humana. La construcción argumentativa de esta moralidad devino en la eugenesia, que alertaba contra el favorecimiento de los desposeídos: “si [...] se favoreciese la propagación de los individuos inferiores y se entorpeciera la de los mejor dotados, la especie degeneraría progresivamente, y desaparecería bien pronto ante la especie que compitiese, y la que luchase con ella”. (Spencer, 1984, p. 96). Indudablemente hay una jerarquía (inferioridad/superioridad) en las condiciones de existencia, pero la misma no es natural sino social, no es causa sino efecto del ordenamiento social, no reconoce los grupos humanos, sino que los crea.

Otra de estas poderosas distorsiones, paralela a la eugenesia, fue introducida entre 1853 y 1855 por Arthur de Gobineau, con su *Essai sur l'inégalité des races humaines*. En esa obra pionera del racismo, con un formato que recuerda a Montesquieu, de Gobineau no inventa el racismo, sino que racionaliza y sistematiza prácticas que existían y estaban relativamente generalizadas. Las políticas coloniales hacían “evidente” la inferioridad de los indígenas frente a los europeos,⁹ y la etnicidad devino diversidad de origen,¹⁰ es decir, no todos somos iguales, o no todos somos igualmente humanos. La construcción de la raza se asienta en una doble evidencia: fenotípica y social; son diferentes y jerárquicamente inferiores, por lo tanto, su subordinación es constitutivamente biológica y, en consecuencia, inalterable. Una variante posterior (y actual) es el racismo basado en la cultura y no en la biología, tematizando (aún sin explicitarlo) la otredad cultural como carente de atributos plenos de civilización; pero ambos son convergentes en cuanto a sus efectos. La eficacia de este dispositivo ideológico fue tan importante que los propios denigrados propusieron y desarrollaron la lucha de razas. El centro del problema –y de la lucha– pasó, en muchos momentos históricos y lugares, de la explotación a la negritud, el judaísmo, el indigenismo o la categoría que correspondiere para cada lugar específico. Lo relevante es que las opresiones raciales-fenotípicas eran *reales*, por lo que el elemento empírico, directamente observado, estaba presente. Se trata, como sostiene Etienne Balibar, de “una forma típica de *alienación política* inherente a las luchas de clases”,¹¹ aunque no es la única expresión de la distorsión de la lucha de clases.

Una forma conexas es el sexismo,¹² por cuanto traza un eje en una distinción biológica, al igual que el racismo primigenio, para concentrar las energías del enfrentamiento entre sujetos socialmente iguales –dado que la actuación de cada quien siempre está restringida a un determinado entorno social y no es universal–, pero “des-igualados” en función de las diferencias biológicas o, en su variante centrada en las tendencias sexuales, en la defensa de su especificidad. La pretensión de la emancipación de la particularidad fue criticada por Marx

⁹ “«Todos los hombres, dicen los defensores de la igualdad humana, están provistos de instrumentos intelectuales semejantes, de la misma naturaleza, del mismo valor, de la misma importancia.» Estas no son las palabras expresas, tal vez, pero al menos es su sentido. ¡Así, el cerebelo del hurón contiene en germen un espíritu completamente semejante al del inglés y el francés! ¿Por qué entonces, en el curso de los siglos, no descubrió ni la imprenta ni el vapor? Yo tendría el derecho de preguntarle a este hurón, si es igual a nuestros compatriotas, ¿cómo es posible que los guerreros de su tribu no proporcionaran un César ni un Carlomagno, y por qué inexplicable negligencia sus cantantes y sus hechiceros nunca se volvieron Homeros ni Hipócrates?” Libro I, pág. 68 (traducción de Mariana Maañón).

¹⁰ “[...] las familias humanas están marcadas por diferencias tan radicales, tan esenciales, que no podemos hacer menos que rehusarles la identidad de origen. Al lado de la descendencia adamita, los eruditos que adhieren a este sistema suponen muchas otras genealogías. Para ellos la unidad primordial no existe en la especie o, para decirlo mejor, no hay una sola especie; hay tres, cuatro, y más, de donde salieron generaciones perfectamente distintas, que, por sus mezclas, formaron híbridos.” *Ídem*, pág. 118.

¹¹ Balibar, Etienne; “Prefacio” a Balibar, E. y Wallerstein, I, 1991, p. 28.

¹² Wallerstein, Immanuel; “¿Existe el neorracismo?”, en Balibar, E. y Wallerstein, I.; 1991, p. 58.

en *La cuestión judía*: no es acentuando el particularismo como se alcanza la universalidad, sino removiendo la sociedad que hace posible la emergencia y funcionalidad inequitativa de tales particularismos. Notablemente, no solo hay una pronunciada ausencia de análisis respecto a la funcionalidad de estos movimientos en la expansión del sistema capitalista, sino que en muchas oportunidades se excluye deliberadamente al capitalismo de la consideración, instituyendo órdenes de dominación que serían transhistóricos, como el patriarcado o la heteronormia. Si el problema es cultural y transhistórico, la cuestión de clases queda totalmente diluida.¹³

Una forma relativamente nueva, aunque minoritaria, es el activismo vegano, que no es lo mismo que la práctica de una dieta vegana. El activismo entiende que matar un animal es un crimen, y quien lo hace, en consecuencia, es un criminal. Quien se alimenta con carne es, cuanto menos, cómplice de esa acción perversa. Resulta cuanto menos llamativo que una preferencia alimenticia tenga una pretensión expansiva, buscando la conversión de los “herejes”. En este marco de ruptura de referencias sociales larga y laboriosamente establecidas, y de emergencia de una multiplicidad de nuevos colectivos alternativos, no es extraño que aparezcan también significativas regresiones conceptuales-cognitivas, como el terraplanismo, o el más peligroso, para quienes quedan involucrados, activismo “antivacunas”, cuyos niños quedan comprendidos en el riesgo de contagio de enfermedades.

Pero hay otras formas eficaces de ocultamiento de las clases. *El Manifiesto del Partido Comunista* culminaba con una exhortación al proletariado a unirse, en detrimento de otra dimensión identitaria que, instalada por la burguesía ascendente desde tiempo atrás, buscaba la primacía: la pertenencia nacional. El debate era si lo que primaba entre, por ejemplo, un obrero irlandés y un obrero francés era su identidad de clase o su diferencia de nacionalidad. Esta tensión encontró su resolución histórica en 1914 cuando la socialdemocracia alemana, principal partido marxista de entonces, votó casi unánimemente los créditos de guerra, con la pequeña excepción de lo que sería luego el núcleo del grupo *Spartacus*, lo que llevaría finalmente a la crisis y disolución de la II^{da}. Internacional. La ciudadanización del proletariado actuó como un poderoso anestésico en la lucha, limitándola fuertemente al corporativismo.

Una forma derivada de esta ideología burguesa de nación es el nacionalismo, es decir, ya no el reconocimiento identitario a partir de las fronteras estatales, sino la defensa activa del principio de nación, dentro de la cual todos son *igualmente* ciudadanos. El nacionalismo suele presentarse, en particular en la clase obrera, entremezclado con el racismo en lo que erróneamente se llama xenofobia, ya que no es el odio o miedo al extranjero, en general, sino al obrero extranjero, en particular. En 1847 Marx había abordado el efecto más evidente de este encuadramiento, desde la perspectiva de la lucha de clases, en *Trabajo asalariado y capital*.¹⁴ Pese

¹³ Un efecto ideológico palpable es la centralidad que cobran los femicidios en desmedro de las muertes violentas ligadas a la clase: los medios de difusión masiva llevan una minuciosa contabilidad de los primeros, pero no de las muertes por “accidentes” de trabajo ni de la principal figura víctima de muertes violentas, que es el varón joven pobre. No se trata de no visibilizar las muertes de mujeres a manos de parejas o ex parejas, sino de observar el cono de sombra que, con dicho foco, cubre a las muertes violentas ligadas a la condición de clase, y estadísticamente más importantes (en 2017 hubo 273 víctimas letales de violencia de género, según el informe del Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina; 743 muertes laborales, de acuerdo al Informe Anual de Accidentabilidad de la Superintendencia de Riesgos de Trabajo. Sobre muertes de jóvenes pobres no hay estadísticas oficiales. Cf. https://www.ellitoral.com/index.php/id_um/208957-la-mayoria-de-las-victimas-son-jovenes-varones-y-pobres-de-zonas-marginadas-maximo-especialista-en-criminologia-area-metropolitana.html)

¹⁴ “[...] hay la competencia entre compradores y vendedores; unos quieren comprar lo más barato posible, otros vender lo más caro que puedan. El resultado de esta competencia entre compradores y vendedores dependerá de la relación existente entre los dos aspectos de la competencia mencionada más arriba [entre iguales]; es decir, de que predomine la competencia entre las huestes de los compradores o entre las huestes de los vendedores. La industria lanza al campo de batalla a dos

a la recurrencia del fenómeno, su eficacia distorsiva sigue intacta, incluso tras la impugnación política y moral surgida tras la Segunda Guerra Mundial de los movimientos de ultraderecha, siguen surgiendo variantes neofascistas y neonazis, que son la forma más extrema de esta expresión, en casi todas las partes del mundo.

Otra derivación de la identificación nacional es una de las formas que adopta la antinomia colonia o imperio versus nación. El colonialismo y el imperialismo son fenómenos palpables y certeros, extensamente analizados y denunciados por las vertientes anticapitalistas. Pero no siempre antiimperialismo o anticolonialismo han sido sinónimos de anticapitalismo. Las innumerables luchas de “liberación nacional” ocurridas mayormente en las décadas del '50 y el '60 del siglo pasado no derivaron en –y ni siquiera todas aspiraron a– sistemas no capitalistas. La cuestión de clases quedaba petrificada tras la cuestión de la independencia nacional. Constituye, en consecuencia, otra especie de subordinación de la clase a una deformación del antagonismo estructural.

Otro intento de negación de las clases fue la institución, desde los años '70 del siglo pasado, del enfoque de los “nuevos movimientos sociales” (barriales, ambientalistas, proteccionistas, alimentarios, etc.). La concepción misma de “movimiento social” implica la construcción de una identidad no clasista, anclada en la “representación de los actores en su efectiva configuración empírica” (Vilas, 1995: 66), sin advertir que la lucha de clases nunca es de clase a clase, abstractamente consideradas, sino que su desarrollo es de acuerdo a las condiciones históricas y, por consiguiente, en forma de “fuerzas sociales”, que son una articulación de fracciones en contra de algo en común. Una extensa bibliografía teórica se desarrolló en torno a los movimientos sociales como oposición implícita pero objetiva a las clases.

Se trata, por supuesto, de fenómenos complejos y no lineales, que no estamos analizando sino simplemente enumerando y presentando en función de su capacidad de distorsión de la lucha de clases, poniendo la cuestión de la clase social en un plano secundario, alejado y, en ocasiones, inexistente. Son, si se quiere, “rediseños” de las clases, constitución de nuevos agregados, de nuevos colectivos, ya no estructurales, en los que se genera una identidad cuya pertenencia queda sobreimpuesta a la clase social, desplazando hacia el nuevo conjunto la subjetividad y las energías de lucha de quienes están estructuralmente oprimidos por su posición social.

Las clases estructurales

Hablar de clases, en sentido weberiano, remite simplemente a una clasificación. En esa perspectiva, basta definir un atributo variable, y su presencia o ausencia nos define quienes integran o no dicha clase. De tal modo, tenemos argentinos y extranjeros, hombres y mujeres, blancos y no blancos, criollos e indígenas, jóvenes y no jóvenes, y así todo lo que queramos – las categorías, por supuesto, no tienen que restringirse a dicotomías—. Cada atributo que consideremos tiene, de manera evidente, realidad. Por lo tanto, el agrupamiento de la población en función de tal condición es sostenible desde lo empírico; nadie puede dudar que la gente de piel clara es visiblemente distinguible de la gente de piel no clara, o que los jóvenes – como sea que los definamos – actúan y tienen capacidades diferentes a las de los no jóvenes, y así con todas las demás.

ejércitos contendientes, en las filas de cada uno de los cuales se libra además una batalla intestina. El ejército cuyas tropas se pegan menos entre sí es el que triunfa sobre el otro.” Marx, Karl; “Trabajo asalariado y capital”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich; 1974, p. 158.

¿En qué se diferencia, entonces, cualquiera de estas clasificaciones con la diferenciación de la población en “clases sociales”, que bien podría ser también una clasificación más o menos arbitraria? La respuesta varía de acuerdo a la teoría desde la que se la elabore. Para el marxismo las condiciones de existencia son, como vimos, constitutivas de lo que podríamos llamar la “identidad primaria”, la que nos identifica como especie; somos humanos en tanto producimos indirectamente nuestra vida material, y somos tanto *lo* que producimos como también *cómo* lo producimos. El “cómo” es lo que se cristaliza en eso que denominamos “clase social”. Tan fuerte es este rasgo constitutivo que todo un universo de sentidos se desprende de cada clase (Cf. Bourdieu, 1998).¹⁵

Por ello, las clases estructurales, a diferencia de las otras, que son coyunturales — dependiendo de las condiciones de cada país y época — son las propias de los sistemas sociales. Y en el capitalismo, las clases propiamente capitalistas son la burguesía y el proletariado, lo que, por supuesto, no excluye la existencia de otras clases sociales, también estructurales. Pero la existencia de otras clases no mengua el hecho de que “[...] el capitalismo se funda en una relación de clase entre el capital y el trabajo. Y, así como el control sobre la fuerza de trabajo es esencial para el rendimiento capitalista, también la dinámica de la lucha de clases sobre el control de la fuerza de trabajo y el salario del mercado es fundamental para la trayectoria del desarrollo capitalista” (Harvey, 2008, p. 203). Y este es el punto crítico, a ser analizado.

Como ya vimos, no se pueden analizar las clases sin abordar la lucha de clases, que es el fenómeno que las produce y reproduce de manera constante. En el sistema capitalista, la lucha, en sus fases de menor desarrollo —de mayor grado de dominación o de hegemonía burguesa— solo disputa los niveles de apropiación/expropiación del producto social, sobre la base de que siempre una parte del mismo será expropiada por la burguesía. Pero observar este proceso continuo no es un patrimonio común para la mayoría de los implicados en el mismo. Por empezar, no se localizan fácilmente las figuras de “burguesía” ni la de “proletariado”. Las mismas parecen evocar figuras sociales pretéritas y ya perimidas, propias del capitalismo “de chimeneas” decimonónico. Ciertamente, la literatura clásica sobre estas cuestiones se conformó en base al capitalismo industrial. Pero la decadencia de esta fase del capitalismo no atenúa, de ninguna manera, el carácter capitalista del sistema social en el que vivimos. Por ello tanto la burguesía como el proletariado son figuras sociales plenamente vigentes, solo que con una fisonomía propia de la época en que vivimos. Ya no se trata de clase obrera industrial como figura preeminente, debido a que el capitalismo ya no está en su etapa industrial.

La tercera etapa del capitalismo

El capitalismo se forjó en los resquicios del feudalismo europeo. En sus inicios lo predominante fue el capital comercial, pero, aunque había producción capitalista no se puede hablar aún de un sistema propiamente capitalista.¹⁶ No obstante, esos prolegómenos suelen (y pueden) ser considerados como la primera etapa, inicial, que se prolonga como capitalismo mercantil hasta tanto fue sustituido por el capitalismo industrial, que es el que observa y analiza Marx, y que nace en el siglo XVI en Inglaterra. Pero su surgimiento, que crea un proletariado industrial, no lo constituye de inmediato como la forma hegemónica. Aunque la revolución industrial data del siglo XVIII, el capitalismo industrial solo se vuelve el sistema hegemónico en el siglo XIX,

¹⁵ La radical importancia que tiene esta cuestión es que desde allí la humanidad comienza a construir lo que Hegel denominó “segunda naturaleza” (2004: 31, 161/2), y que Marx retomó (Schmidt, 2012: 12, 38, 81 y 220).

¹⁶ “Aunque la producción capitalista, esporádicamente, se estableció ya durante los siglos XIV y XV en los países del mediterráneo, la *era capitalista* sólo data del *siglo XVI*.” Marx, 1988, I, p. 894.

imponiendo su dinamismo social incluso en regiones del planeta en las que aún no impera. Durante la primera etapa y la transición a la segunda, el proletariado es fundamentalmente rural, siendo éste una de las fuentes del proletariado industrial –sobreproducción latente, cuya lenta pero ineluctable extinción genera una tensión difícil de absorber por el capitalismo—. ¹⁷

Pero el capitalismo industrial devino, a lo largo del siglo pasado, en capitalismo financiero, tercera (¿última?) etapa del mismo. Lenin advirtió tempranamente esta mutación, aunque todavía lo identificaba, siguiendo a Hilferding, como “imperialismo”. ¹⁸ No obstante, ya tomaba nota del poder de los conglomerados económicos (trusts y cárteles). El capitalismo financiero, que está completando su estructuración como sistema hegemónico, redefine –como lo hizo en su momento el capitalismo industrial, respecto del mercantil– al proletariado. Entendiendo por “proletariado” a aquél que no tiene nada que vender, excepto su fuerza de trabajo, encontramos que hoy amplios sectores, otrora independientes, han quedado comprendidos en el proletariado: profesionales, científicos, muchos comerciantes que se encuentran en proceso de semiproletarización, ¹⁹ y, en general, lo que se denominan “plataformas austeras” (Srniczek, 2018, pp. 71-86) (Uber, Glovo, RapiYa, Amazon, Airbnb, entre otras), en las que el capitalista no es el propietario de los medios de trabajo, que debe ser aportado por el trabajador, sino de la comercialización del producto. En muchos casos, el trabajador, formalmente “independiente”, es un asalariado a destajo, que cobra exactamente sobre lo que produce. ²⁰ Dado que estamos aún en proceso, debemos decir, con mayor propiedad, que se trata de la proletarización de estos sectores, o de parte de ellos.

A la proletarización se le debe sumar la reconstitución de la sobreproducción relativa, que Marx llamaba “relativa” en relación al capital. Pero en el capitalismo financiero pareciera surgir una sobreproducción “absoluta”, es decir, un sector de la población cuya existencia no actúa sobre el salario, debido a que resultan laboralmente inasimilables, aun para tareas simples y no calificadas, en la valorización del capital. Estas tareas se encuentran, en gran medida y crecientemente, automatizadas. Tales sectores quedan librados a que gestionen su propia desaparición, pues se le van eliminando condiciones de reproducción social y aún biológica mediante la desafectación de programas estatales de salud, la no garantía de niveles mínimos de alimentación, que producen niños con menores capacidades físicas y mentales, la profusión de psicotrópicos y estupefacientes de alta y rápida nocividad, la permisividad de la violencia intraclase, incluida la represiva, son otros tantos mecanismos de eliminación autogestionada por esta sobreproducción que, por esto, pasa a ser “absoluta”.

Indagar sobre la reconstitución del proletariado no es sencillo, dado que en general contamos aún con viejas nociones, inadecuadas para registrar la novedad del fenómeno. Lo

¹⁷ La sobreproducción relativa es necesaria para mantener los salarios en niveles compatibles con la tasa de ganancia y, en consecuencia, para posibilitar la acumulación capitalista. Pero si una de las fuentes de sobreproducción defeciona, dicho mecanismo desaparece y es de esperar que los salarios tiendan a elevarse, a menos que se encuentren mecanismos sustitutivos de la generación de proletariado sobrante. De acuerdo al Banco Mundial, en 2007 la población urbana superó por primera vez a la población rural en el mundo, y sigue creciendo (<https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.URB.TOTL.IN.ZS>, visitado el 20/6/19). La reestructuración del capitalismo es funcional a la minimización de este factor.

¹⁸ No fue la única fuente de Lenin, quien, para escribir su “folleto” (como define a *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*) extractó “148 libros (106 en alemán, 23 en francés, 17 en inglés y 2 traducidos al ruso) y [...] 232 artículos (206 en alemán, 13 en francés y 13 en inglés) de 49 publicaciones periódicas (34 en alemán, 7 en francés y 8 en inglés).” Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, “Prefacio” a Lenin, 1986, p. VIII.

¹⁹ El sistema de franquicias es una forma de explotación del trabajo en nuevas condiciones de proletarización. Debo esta observación a Eduardo Chávez Molina.

²⁰ Debe recordarse que “el pago a destajo es la forma del salario más adecuada al modo de producción capitalista.” Marx, Karl, 1983, tomo I, p. 678.

mismo ocurre para visualizar la contracara necesaria, que es la reestructuración de la burguesía. Muy a menudo se moralizan las formas de acumulación del capital financiero, viendo en ello “corrupción”, con lo que se reenvía, en el mejor de los casos, el problema a la esfera jurídica, sin atender al hecho de que la estructura legal es un andamiaje que acompaña al desarrollo social, regulándolo de acuerdo a parámetros que surgen de la relación de fuerzas que se dirime en la lucha de clases, y no que antecede a la misma. Esta es la razón por la que los Estados nacionales (territorios definidos por la burguesía del capitalismo industrial) más poderosos toleran la existencia de nuevas territorialidades que conspiran contra sus fundamentos, como lo son los denominados “paraísos fiscales” o “extraterritoriales”.²¹

Esta estructuración, que comenzó con el siglo pasado, necesitó de la derrota de las fuerzas revolucionarias a nivel mundial en el último tercio del siglo XX. En el conglomerado de destacamentos que conformaban esta fuerza ocupaba un lugar importante la Unión Soviética, cuya desaparición despejó el camino para la reestructuración capitalista. Visiblemente, no constituye solo la desaparición de algunos regímenes políticos, sino, de forma más amplia, de la virtual extinción de una perspectiva política, la del socialismo. Por ello, el anticapitalismo actual suele expresarse en formas retrógradas (que no es algo totalmente novedoso, ya que Marx y Engels lo habían abordado cuando analizaron el “socialismo feudal”), sea en forma religiosa,²² o de algún tipo de ambientalismo radical, como el pachamamismo (esto es, sin considerar los exotismos ya mencionados, como el terraplanismo o disparates similares). Las reformas en la configuración social, con una preeminencia capitalista en la correlación de fuerzas, implica también un nuevo diagrama ideológico.

La nueva configuración ideológica

En este marco, las ideologías de la resistencia no focalizan en la clase estructural, sino en “otras” clases: ambientalistas, feministas, indigenistas, son formas que, al enfatizar en cuestiones no estructurales del capitalismo, resultan objetivamente (y en ocasiones también de manera subjetiva) funcionales a la expansión del mismo. Estos enfoques suelen estar articulados fuertemente con el individualismo, que es un emblema anti-clase: el culto al cuerpo, la autopreservación y/o la autopercepción constituyen elementos troncales, presentes de distinta manera en estas ideologías. En realidad, no se trata de una situación novedosa. Con anterioridad, como hemos visto, hubo formas similares que negaban la centralidad estructural de las clases sociales. Como entonces, las nuevas configuraciones ideológicas toman aspectos de la realidad efectiva, pero los organizan aislándolos de las condiciones fundamentales de existencia, esto es, de las circunstancias en la que se produce y reproduce la vida material.

Por ello estos diagramas ideológicos pueden albergar (y de hecho lo hacen) tanto perspectivas que se autoproclaman anticapitalistas como (neo)liberales, que se ubican en las antípodas del espectro. La admisibilidad de posiciones antagónicas es denotativa, justamente, de la redimensión ideológica. No obstante, no se trata de una configuración inocua. Si lo que establece el ordenamiento valorativo no cuestiona lo troncal del sistema social, el núcleo del mismo, que es la organización de la humanidad en clases sociales — y con ello, de diferenciales de posibilidades, disfrutes y accesibilidad a los bienes —. Por el contrario, se estructuran de un modo “flexible”, que permite cierto nivel de cuestionamiento, más no una impugnación

²¹ Un trabajo de lectura imprescindible para la comprensión de este fenómeno es Shaxson, 2014. También son útiles Falciani y Mincuzzi, 2015 y Pegoraro, 2016.

²² Con buen análisis, Max Weber (2001: 248) sostiene que subjetivamente, las crisis llevan a la religión o al socialismo racional.

radical al sistema. En tal sentido, parecieran coadyuvar a generar confusión valorativa, al menos para aquellas fracciones que se articulan desde una perspectiva anticapitalista. Pero plantearlo así implica que hay un orden valorativo no confuso, claro, evidente. En realidad, lo que intento enfatizar es que la configuración ideológica emergente del capitalismo financiero está en total consonancia con uno de sus atributos, que es el fetichismo potenciado de las relaciones sociales. Si Marx nos alerta sobre el fetichismo de las relaciones sociales puesto en la mercancía, cuando el movimiento del capital es D-M-D', porque solo se percibe el ámbito del intercambio, dejando tras un velo el de la producción, la situación del capital financiero es más acentuada, ya que la circulación es D-D', donde ya no solo se escurre la producción, sino hasta la misma mercancía, y el dinero pareciera engendrar por sí mismo, dinero. Gran parte de las mercancías actuales son intangibles (no por ello menos mercancía que un yunque): se nos vende seguridad, previsibilidad, salud, juventud, bienestar, educación, diversión, etc. No se trata de atributos, sino de cosas intangibles que tienen valor y valor de uso, es decir, mercancías. Pero se las suele confundir con "servicios", es decir, con prestaciones personales.²³

Haciendo un resumen. Si la actividad burguesa disuelve la distinción entre legalidad e ilegalidad, si buena parte del proletariado aún es computado como pequeña burguesía, si una gran proporción de las mercancías que circulan y se consumen se suponen servicios, no resulta llamativo que aparezcan ideologías que se desanclan de las relaciones sociales estructurales — que conforman las clases —, sino que se entronquen en aspectos reales, pero no estructurales del sistema social.

Múltiples son los factores que operan en este fenómeno. Uno de ellos, que no es el menos importante, es la proletarización de — gran parte de — la intelectualidad, uno de cuyos rasgos es la pérdida de autonomía reflexiva, sin romper el corsé impuesto por las modas intelectuales y el trabajo técnico. En tal sentido, la agenda intelectual es diseñada desde agencias de financiamiento que son necesariamente funcionales al sistema capitalista en el que se desarrollan. Esto muestra cómo la lucha de clases es determinante, también, de la visibilidad o no de las clases sociales.

Bibliografía

- BALIBAR, Étienne y WALLERSTEIN, Immanuel; **Raza, Nación y Clase**. Madrid, Iepala, 1991.
- BOURDIEU, Pierre; **La distinción. Criterio y bases sociales del gusto**. Madrid, Taurus, 1998.
- CORTÉS, Fernando y RUBALCAVA, María Rosa; "La perversión empirista", en Salvia, Agustín (comp.); **Hacia una "estética plural" en la investigación social**. Buenos Aires, Carrera de Sociología - Of. de Publicaciones del CBC, UBA, 1997.
- COYKE, Diane; **El producto interno bruto. Una historia breve pero entrañable**. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2017.
- DURKHEIM, Émile; **Las reglas del método sociológico**. Buenos Aires, Orbis, 1985.
- FALCIANI, Hervé y MINCUZZI, Angelo; **La caja fuerte de los evasores**. Madrid, La Esfera de los Libros, 2015.

²³ "Adam Smith creía que los servicios eran inherentemente improductivos y que no había necesidad de tomarlos en cuenta [pero] la nueva generación de economistas «neoclásicos» (en contraste con los economistas «clásicos», como Adam Smith) descartó la distinción entre actividades productivas e improductivas." (Coyle, 2017: 114 y 25). Es parte de la operatoria conceptual que desechando la teoría del valor-trabajo culmina por reinstalar la concepción fetichista del dinero, de donde surgirá el monetarismo.

- GÓMEZ, Marcelo; **El regreso de las clases. Clase, acción colectiva y movimientos sociales.** Buenos Aires, Biblos, 2014.
- HARVEY, David; **La condición de la posmodernidad.** Buenos Aires, Amorrortu, 2008.
- HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich; **Principios de la filosofía del derecho.** Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- LENIN, Vladimir; Cuadernos sobre el imperialismo, en **Obras completas**, tomo 28. Moscú, Progreso, 1986.
- MARX, Karl; **El capital.** México, Siglo XXI, 1983.
- MARX, Karl; **Contribución a la crítica de la economía política.** La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1975.
- MARX, Karl; **El capital.** México, Siglo XXI, 1988.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **Obras Escogidas.** Moscú, Progreso, 1974.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **La ideología alemana.** Buenos Aires, Pueblos Unidos, 1985.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich; **Correspondencia.** Buenos Aires, Problemas, 1947.
- PEGORARO, Juan; **Los lazos sociales del delito económico y el orden social.** Buenos Aires, Eudeba, 2015.
- SCHMIDT, Alfred; **El concepto de naturaleza en Marx.** México D.F., Siglo XXI, 2012.
- SHAXSON, Nicholas; **Las islas del tesoro. Los paraísos fiscales y los hombres que se robaron el mundo.** Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- SPENCER, Herbert; **El individuo contra el Estado.** Buenos Aires, Orbis, 1984.
- SRNICEK, Nick; **Capitalismo de plataformas.** Buenos Aires, Caja Negra, 2018.
- VILAS, Carlos; "Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?", en **Sociológica** N° 28, mayo-agosto de 1995.
- WEBER, Max; **Historia económica general.** México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- WEBER, Max; **Economía y sociedad.** Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1983.